
DOS-HERMANAS es un pueblo que está junto á Sevilla; tiene estación de ferrocarril y tiene marqués porque nada le falte.

Es verdad que si lo de la estación no deja de ser rara fortuna, puesto que hay muchísimos pueblos privados injustamente de este beneficio, gracias á la perfecta libertad con que las compañías de ferrocarriles han hecho siempre entre nosotros lo que las ha dado la gana, lo que es marqués, ya casi no va quedando un pueblo en España que no le tenga.

Ni un pueblo, ni un monte, ni un soto, ni un prado, ni una casa, ni un río, ni un puente, ni un chisme cualquiera que tenga nombre.

De todo y para todo hay marqueses ya.

Una barbaridad de marqueses, como dice el general Martínez Campos.

Lo que pasa es que estos marqueses nuevos no son señores, como los antiguos, de los pueblos dedonde toman su denominación, ni les hacen ningún beneficio.

Muchos de estos pueblos no han visto nunca al respectivo marqués, el cual no conoce tampoco el pueblo respectivo más que si acaso por el mapa, ni tiene en él un solo terrón propio.

En fin, lo cierto es que el pueblo de Dos-Hermanas tiene su correspondiente marqués, y de esos en verso, que no todos los pueblos se pueden alabar de otro tanto.

Ahora, lo que no sé yo es si el marqués de Dos-Hermanas, que no es de los más nuevos, estará en buenas relaciones con el Santo de su nombre. Digo, con el pueblo, que con el Santo ya se adivina que no lo estará, pues de estar en buenas relaciones con algún Santo, no andaría el marqués tan dejado de la mano de Dios como se necesita para escribir sonetos que. . . ¡vamos!

Este que van ustedes á leer le encontré el otro día. . . casi no es menester decir en donde, porque en siendo malo ya se sabe: en *La Ilustración Española y Americana*.

Comienza así: pone arriba *Soneto*, y dice:

“¿Ves aquel olmo *enhiesto* que *flaquea*,
Del valle *extenso* en la feraz *llanura*,
Cuyo tronco se cubre de verdura,
Cuyo follaje umbroso amarillea? . . .”

Como no se sabe, ni se ha podido averiguar por el contesto, á quién va dirigida la pregunta del señor marqués, me voy á tomar yo la libertad de contestarla.

Sí, señor; veo perfectamente *aquel olmo*, y aun se me figura que veo otro también. . . Sí, señor, veo

aquel olmo, aquel, sí, aquel que usted dice, advirtiéndonos que es *enhiesto*, lo cual me parece que estaba demás, porque es condición natural del olmo el ser *enhiesto*, como el no dar peras ni otra fruta que sirva. Casi todo lo que no da fruta es *enhiesto*. . . . No le conozco á usted, y ya se me está figurando que es usted *enhiesto* y que *flaquea*, si no físicamente como el olmo, á lo menos de entendimiento.

Conste que veo *aquel olmo* en la *feraz llanura* de valle *extenso*, lo cual no es precisamente un disparate, porque son dos; pues ni al valle le sienta bien lo de *extenso*, ni medio bien lo de la *llanura*.

Sí, señor; conste que veo *aquel olmo*, cuyo tronco se cubre de verdura, y

“Cuyo follaje umbroso amarillea. . .”

(*Todo porque usted quiere que así sea*),

y vamos adelante, señor marqués de Dos-Hermanas.

Por cierto que no sé quiénes puedan ser esas *Dos-Hermanas* de usted. Lo que es la inspiración no es ninguna de ellas, de eso estoy bien seguro: ni la poesía tampoco.

Y si no, ahí está para darme la razón el segundo cuarteto:

“*Muerte* le da el retoño que *verdea*,
Muerte la yedra que su savia apura. . .”

Usted sí que apura la paciencia del lector con ese par de *muerdes* y otras dos parecidas que vienen detrás, y que son las más negras. Porque después de aquellos dos *cuyos* del primer cuarteto, era natural, tratándose de un poeta de la clase de usted, que vieran dos *muerdes*; pero ¿cuatro? . . .

Nada, á muerte por verso. . . .

Si no es al principio, es al medio, y si no, al fin.
Por todos los versos de usted viene la muerte. . . .
del buen gusto.

“Muerte le da. . . .” no se olviden ustedes que es
al olmo, á aquel olmo enhiesto que flaquea.

“Muerte le da el retoño que *verdea*,
Muerte la yedra que su savia apura;
Lozana vida muerte le apresura
Y estrecho abrazo muerte le acarrea. . . .”

¡Qué hermosura, señor marqués! ¡Y qué gracia, y
qué belleza, y qué poesía la de esas locuciones de
los últimos versos! *Lozana-vida-muerte. . . . estre-
cho-abrazo-muerte. . . .*

Aparte del *apresuramiento* y del *acarreo*, que
también son de primera clase.

Y vamos á los tercetos, donde dice usted:

“Reverso yo del árbol en la suerte. . . .”

¡Reverso, sí, reverso! Me parece que usted es el re-
verso de muchas cosas. Pero sobre todo el reverso
del poeta. De eso doy fe.

“Reverso yo del árbol en la suerte,
Medro al calor de yedra bendecida,
Y triunfo. . . .”

¿Qué triunfa usted? . . . Pues mire usted, es un
triunfo el de hacer sonetos como éste, que no se le
envidia á usted, ni creo que se le envidie persona hu-
mana. ¡Vaya un triunfo!

Pero no anticipemos los sucesos ni los despropósi-
tos poéticos del soneto de usted. . . .

“Y triunfo, floreciendo, de la muerte. . . .”

Que es la quinta muerte de la temporada. Y que,
aunque está bien, no tiene, ni con mucho, el mérito
superabundante del triunfo-*flo. . .*reciendo. Ese *fo-flo*
es de lo más armonioso y de lo más. . . . infeliz que
se ha visto.

¿Pues y lo del segundo verso del terceto?

Medro al calor de yedra bendecida. . . .

¿Le parece á usted que eso está bien, ni medio bien?
¿Le parece á usted que se pueden llevar á los sone-
tos, aunque sean malos, esas interioridades domésti-
cas? Porque en primer lugar, ¿qué nos importa eso
á nosotros? Quiero decir á los que leemos alguna
vez que otra, para buscar ripios, *La Ilustración Es-
pañola y Americana*.

Y en segundo lugar. . . . Hablaba usted más arri-
ba de aquel “retoño que *verdea*.” ¡Usted sí que *ver-
dea*! Porque me parece que eso de llamar *yedra* á la
señora marquesa, es una imagen bastante verde. Y
muy cursi.

A más de que es confesar que usted es Olmo.

Que es la sospecha que yo había apuntado hace
un momento.

En fin, apuremos la savia literaria del señor mar-
qués:

“Reverso yo del árbol en la suerte,
Medro al calor de yedra bendecida,
Y triunfo floreciendo de la muerte:
Que en nuevo ser y en existencia unida. . . .”

¿Quién, la muerte? Porque ese *que* parece relativo de la muerte. Aunque se me figura que usted quiere que sea de la yedra. . . . ¿No es verdad, señor marqués? Bueno: pues que sea; pero que conste que es porque usted quiere. Nada más que por eso.

“*Que en nuevo ser y en existencia unida,
La estrecha unión en vida se convierte,
Y en cada nueva flor, hallo más vida.*”

Es verdad que ya antes nos había dicho el marqués que florecía. Era otro dato más. Ahora nos habla de *cada nueva flor*, y aunque no está claro el sentido, no pudiendo ser esas flores las flores de su ingenio, porque para esto había que cometer una figura retórica demasiado fuerte, parece que deben ser los niños que le nacen á su excelencia.

Bien que le nazcan á usted niños, señor marqués; pero, por el amor de Dios, que no le nazcan sonetos!



VI

“**U**STÉ es una calamidad! le decía una vez González Bravo al autor de *Don Álvaro ó la fuerza del sino*.

—¡Por qué, Sr. D. Luis! le contestó el duque.

¡Mire usted—replicaba el antiguo redactor del *Guirigay*—mire usted que haber formado toda una familia de poetas. . . todos malos! . . .

Había dado motivo á la exclamación del exdemagogo famoso, la lectura de una poesía muy mala, y además muy larga, lectura que acababa de perpetrar en una tertulia, uno de los innumerables malos poetas de la familia del duque de Rivas.

Que verdaderamente son innumerables.

Y verdaderamente malos poetas.

Lo cual no es un obstáculo para que también sean malos políticos.

Como lo son efectivamente.

Moderados casi todos, cuando los había (menos el marqués de Heredia, que era de la Unión liberal.)

conservadores liberales después, pero conservadores liberales del género beato y santurrón, es decir, del peor género.

Por ahí los tienen ustedes con sus correspondientes títulos, antiguos ó modernos, porque á los que no tenían título antes, se le ha dado D. Alfonso, después que vino; por ahí los tienen ustedes casi todos, unos en el Congreso y otros en el Senado.

Pero dejémosnos ahora de malos políticos, pues para eso ahí está el Sr. Sagasta (1) que no tiene nada que envidiar á nadie, y volvamos á los malos poetas, para lo cual tampoco es menester salir de entre los parientes del difunto duque de Rivas, á quien Dios haya perdonado todos sus pecados, incluso el de haber dejado tan mala raza literaria en el mundo.

El poeta, digámoslo así, que hoy tengo el gusto de presentar á ustedes, no es hijo del duque, ni yerno, aunque de ambas clases hay malos poetas, que ustedes irán conociendo poco á poco; es cuñado, que para el caso viene á ser lo mismo. De todos modos, como poeta, es hechura del duque. Porque es indudable que no por otra cosa, sino por ser cuñado del duque de Rivas, se creyó D. Leopoldo en el deber de ser poeta.

D. Leopoldo Augusto de Cueto, que es de quien voy hablando, modernamente conocido, no sólo en su casa, sino hasta en las de sus parientes y amigos íntimos, por el título de marqués de Valmar.

Valmar es un charco que hay allá en Deva, á la

(1) Cuando se escribió este artículo gobernaba Sagasta; ahora también: en el intermedio ha gobernado Cánovas, que es lo mismo.

orilla del cual tiene D. Leopoldo una casa; y como quiera que D. Leopoldo, por su parentesco de afinidad con el duque de Rivas, no sólo se creía obligado á ser poeta, sino aun á ser marqués, puso los medios y logró ser llamado marqués de Valmar en el año primero de la era de Cánovas.

(Que viene á ser casi la *era* del Mico.)

Con lo cual, es decir, con haber conseguido hacerse marqués, no se hizo mal poeta. . . .

Porque ya lo era antes.

Mucho antes.

Lo menos con treinta años de anticipación, y como si presintiera el marquesado, escribía ya don Leopoldo unas cosas á que solía llamar *baladas*, en muy malos versos, eso sí, pero sin sustancia en el fondo.

Verán ustedes cómo *balaba* el futuro marqués de Valmar, allá en los tiempos que pudiéramos llamar sus verdes Abriles.

Hablaba de la mujer y decía:

“Por qué en su pecho como en *móvil lira*. . . .”

En primer lugar, notarán ustedes que el epíteto no es muy propio, porque la lira no se puede decir que sea móvil; si no la tocan, no se mueve; lo que tiene es que, en cambio, es muy duro. Porque para pronunciar el móvil junto á la lira, es decir, *móvil lira*, se necesita hacer ejercicios de pronunciación dificultosa. ¡*Móvil lira!* . . . ¡Al demonio no se le ocurre más! . . .

“¿Por qué en su pecho como en *móvil lira*
De las obras de Dios vibra el acento?”

¿El *acento* de las obras, señor marqués? ¿Le parece á usted que las obras de Dios tienen acento como el periódico de Canga-Argüelles?

¡Por Dios, Sr. D. Leopoldo, por Dios! no diga usted simplezas.

En sólo dos versos compara usted el pecho de la mujer con una lira, que es comparar, y con una lira *móvil*, digo no, con una *móvil lira*, que es una frase más impronunciable que ningún regimiento de ingenieros, por más que digan que no se han pronunciado nunca; y luego asegura usted que en el pecho de la mujer vibra el *acento* de las obras de Dios. . . . ¡Cuidado que es disparatar!

Pero sigamos.

¿“Por qué en su pecho como en *móvil lira* De las obras de Dios vibra el *acento*?
¿Por qué feliz su corazón suspira? . . .”

También es curiosidad. . . . ¡Vaya usted á saber!

“¿Por qué feliz su corazón suspira
Al ver el campo, el mar, el firmamento . . .”

¿El mar ha dicho usted? *La mar*, D. Leopoldo, *la mar*. Ahí se dice *la mar*, si no en calzoncillos, por lo menos en versos de usted, que vienen á ser los paños menores de la literatura. Y continúa:

“¿Por qué el ay del dolor, la voz de un niño . . .”

Etcétera, pues todavía sigue preguntando:

¿Por qué, por qué, por qué. . . .
Por qué me retiré?

Mas para no poder contestar á las preguntas de D. Leopoldo, mejor será no transcribirlas.

Y ahora, después de haber visto cómo *balaba* D. Leopoldo antes, verán ustedes cómo *canta* después de ser marqués. Para lo cual voy á enseñar á ustedes unos versos recién escritos por D. Leopoldo en el álbum de una señora amiga mía.

Empiezan así:

“Para un beso de tu labio”

¡Miren ustedes D. Leopoldo y qué materia escoge tan resbaladiza! . . . Por lo demás, ha de saber el señor marqués, hablando con perdón, que eso de besar con un labio solo es una tontería. Se besa con los dos, ó no se besa, que es lo mejor y más seguro.

Sigamos:

“Para un beso de tu labio
No son suficiente precio”

¿Han visto ustedes. . . . y con qué sale ahora el vejastorio? ¡Y luego echárselas mucho de marqués y de religioso! . . . Vamos, que no dejarán ustedes de convenir conmigo en que eso de ponerse á escribir en el álbum de una señora, que no es menester decir que lo es de verdad; habiendo dicho ya que es amiga mía, y empezar por hablarla del precio de sus besos, con no ser nada piadoso, es muy cursi.

Pero apuremos la copa, digo, la cuarteta de D.

Leopoldo hasta las heces. Aunque estas cuartetas todas son heces literarias, desde el principio.

“Para un beso de tu labio
No son suficiente precio
Ni las riquezas del necio,
Ni los laureles del sabio.”

Donde D. Leopoldo da por supuesto que todos los necios tienen muchas riquezas, lo cual, por más que sea la regla general, no deja de tener sus excepciones.

Y luego sigue otra cuarteta que dice así:

“Para alcanzar la ilusión . . .”

¿De qué, señor marqués?
A más de que las ilusiones no se *alcanzan*.

“Para alcanzar la ilusión,
La dicha, el honor, la calma . . .”

¡Eche usted jigos, es decir, eche usted disparates! . . . Conque un beso de una señora, y eso dado con un labio solo, es la ilusión, la dicha, el honor y la calma. . . Nada menos. . . ¡Bueno está usted, D. Leopoldo, bueno está usted!

En fin, para concluir, diré á ustedes que, según dice D. Leopoldo, para alcanzar la ilusión, la dicha y todas esas otras gangas que siguen,

“Hay que dar alma por alma,
Corazón por corazón.”

Y para concluir por ahí, ¿se puede saber á qué ve-

nía lo del medio beso? . . . Pues á nada, al afán de decir una inconveniencia entre consonantes; porque no parece sino que para ciertos marqueses, y aunque sean inciertos, verso es sinónimo de barbaridad.

Y ustedes perdonen que no les haya dicho todavía que el señor marqués de Valmar es académico de la lengua. Francamente, no se lo había dicho á ustedes, porque no lo creía necesario.

Se cae de su peso.

VII

¿Qué tenemos para hoy! ¡Si vieran ustedes qué duque!

Antes era marqués nada más, y ya escribía versos, bastante malos; pero después heredó un ducado, y, naturalmente, al ascender en la escala aristocrática, ascendió también en la escala de los malos poetas.

Lo que es como mal poeta, lo es.

Pero no crean ustedes que en todo es así; porque en otras cosas es peor.

Por ejemplo, en política, que es canovista, y canovista con ribetes piadosos, ó dígase liberal conservador vergonzante.

Una vez salió diputado por. casualidad, y otra vez. . . por el mismo distrito.

En una de ellas le tocó asistir como sentenciador al sacrificio de la Unidad Católica, y pronunció su correspondiente discurso de lavatorio, bastante más largo que el de Pilatos, pero no más eficaz para impedir la crucifixión del Justo.

Después ha querido volver á salir algunas otras veces, y ha salido por la puerta de los pavos.

En lo intelectual, es verdad que no vale nada; pero de físico es bastante feo. Casi de sobra. Ya verán ustedes sus versos ¿eh?. . . . Pues un poco más.

Allá de joven, sus amigos y compañeros, los otros hijos de moderados, creo que le llamaban *Alma Vieja*.

La *Guía* le llamaba entonces marqués de Monesterio: ahora le llama duque de Almenara Alta.

Apesar de lo cual, continúa siendo bajito, muy bajito.

Ahí le tienen ustedes. . . . En un *Album*, y en *La Ilustración Española y Americana*, especie de aguaducho poético destinado á recojer todos los malos versos que se escriben, sean de quien fueren.

Empieza el duque preguntando muy compungido: ¿*Es pecado?*. . . .

—Me parece que sí. No se lo aseguraré á usted hasta que no lea un poco; pero regularmente será pecado.

Lo que es impertinencia, desde luego le puedo decir á usted que es, porque esas cosas no se preguntan en un álbum á una señora; se preguntan al director espiritual. . . . Vamos á ver:

“EN UN ALBUM.

¿ES PECADO?

Bella señora, que ausente,
Como presente, rendido
Me ves, á tu antojo *uncido*. . . .”

¡Hombre! ¿*Uncido?* ¿Nada menos que uncido?. . . . Pues yo lo creo que es pecado. ¿A quién se le ofrece presentarse usted así *uncido* al antojo de una señora? Aunque sea bella, que no lo será, poque, gustándole á usted, casi no puede serlo. . . .

¡Miren ustedes que un duque uncido!. . . . ¡Qué dejará este infeliz para

“El animal que á Europa fué tan caro”
como llamó al buey uno de los hermanos Argensola?
Aparte de que todo aquello de *ausente* como *presente* son tantos *entes*, que dan á la composición aire de familia.

Pero, en fin, como dice la copla:

Tú te lo quieres,
Duque mostén,
Tú te lo quieres,
Tú te lo ten. . . .

Con que si usted va á gusto así uncido, por mí. . . adelante.

“Bella señora, que ausente
Como presente, rendido
Me ves, á tu antojo uncido (!!)
Mas esclavo que obediente;
Pues tú lo quieres. . . .”

¡Justo! Eso es lo que yo digo; pues tú lo quieres, sigue uncido y todo.

“Mas esclavo que obediente;
Pues tú lo quieres, ¿que intente,
Aunque á todos les asombre. . . .”

Verdaderamente que es para asombrar á cualquie-

ra ver un duque uncido. Pero usted no lo dice por eso, sino porque de seguro viene detrás algún hombre, ó cuando menos, algún nombre. Le estoy viendo venir: conste que no me *asombrará*.

“Pues tú lo quieres ¿que intente,
Aunque á todos les asombre,
Al tuyo juntar mi nombre....”

(¡Ya pareció el nombre!)

“En tu álbum afortunado,
Haciendo en este *atentado*,”

(¡Bien que lo diga usted!)

Donde tu albedrío impera,
Tú portentos de hechicera,
Yo profesión de hechizado.
¿Es pecado?”

Sí, hombre, sí. ¿Pues no ha de ser pecado? Lo que es pecado literario, lo es, y grande: no puede ser mayor. Porque es imposible juntar más ripios, más tonterías, más confusiones, y más sin sustancias en una sola estrofa. ¡Cuidado con la estrofa, que es una estrofa aprovechada!

Y digo imposible, para otro cualquiera; para usted, no; porque la estrofa que sigue es peor todavía
.... *Et probo*.

“Ufano para cantarte
Querer, con rara fortuna,
Cual si pidiera á la luna
Un valle donde adorarte....”

¡Qué barbaridad! ¡Pedir un valle á la luna! Eso

es como pedirle á usted sentido común. Y luego *cantarte querer*....

¿Y en qué se conoce esa rara fortuna, ó qué tiene que hacer ahí? ¿Concertar con la luna? Pues tan de sobra están una como otra.... y como todo lo que viene detrás.

Fuera de aquel verso que dice:

“Renazca mi musa yerta,”

el cual dice verdad, no en lo de que renazca, sino en lo de yerta.... ¡Y tan yerta como está!

Pero vamos á la tercera estrofa, que dice:

“Ver alborear en tropel....”

Hombre, hombre, digo, Pepe (que así se llama el duque), ¿le parece á usted que alborear en tropel no es más que pecado, una verdadera tropelía literaria?

Aquí sí que venía bien aquello de arriba: *aunque á todos les asombre*; porque *ver alborear en tropel*, no es cosa que se ve todos los días.

“Ver alborear en tropel,
De tu recuerdo al conjuro,
Cuanto de *vívido y puro*
Aun guarda mi pecho fiel....”

¿Qué ha de guardar de *vívido y puro* su pecho de usted? Lo que es á juzgar por las espectoraciones poéticas que va usted echando en el álbum....

“Y al punto mismo *cruel*
En que desborda mi seno....”

¡Ya escampa; digo, ya *desborda*! Se dice *se des-*

borda; pero de todos modos, ¡tendrá que ver un duque desbordado! . . . Como uncido.

“Y al punto mismo cruel
En que desborda mi seno
Sentir en la lengua un freno . . .”
(¡Bueno, bueno!)

Pero hombre, antes buey, ahora caballo. . . . A usted se le antoja todo lo de los animales. . . . Si sigue usted así, en otra estrofa va usted á pedir el aparejo. En fin, siga usted, *punto cruel*:

“Sentir en la lengua un freno . . .
Y tener el ardimiento,
Para colmar tu contento,
De cantarte amordazado,
¿Es pecado?”

Amordazado. . . . uncido. . . . desbordado. . . . con freno. . . . Es usted un estuche, Pepito.

Otra estrofa:

“Te diré . . . que aquel lugar . . .”

¿Cuál? ¿Qué? ¡Cáspita! . . .

“De mis tristezas querido . . .”

¡Ah! Creí que hablaba usted de otro.

“Parece desierto nido
Desde que diste en volar . . .”

¡Mire usted qué mono! Desde que diste en volar. Como si dijéramos: desde que usted ha dado en martirizar el idioma.

“Que yo en el bullicio hirviente,
Donde enloquece el presente,
Viva penando el pasado,
¿Es pecado?”

Si, señor, también eso es pecado; entre otras razones, porque no nos ha dicho usted si es el pasado ó es usted el que pena.

Bomba final:

“Rueda al abismo la piedra
Porque en él está su centro . . .”
(*Dinámica.*)

“La savia que corre dentro
No niega el olmo á la yedra . . .”
(*Botánica.*)

“A la palma no le arredra . . .”

Se dice no *la* arredra, porque es acusativo femenino. Ni gramática saben estos duques.

“A la palma no le arredra . . .
El mar que á su pie se extiende.”

(*Acústica, ó mineralogía ú obstetricia.*)

“El ave los aires hiende
En pos del reclamo amado . . .”

(*Ornitología ó caza.*)

“¿Que yo desterrado anhele? . . .”

Pero hombre. . . . ¿y para eso ha puesto usted en movimiento á la piedra y al ave y al olmo y todas esas cosas? ¿Y no más que para venir á parar á su anhelo de usted, que maldito lo que nos importa, nos

ha contado usted que la piedra rueda al abismo y que el ave vuela en pos del *recla-mo amado*, y que la palma no tiene miedo al mar, y que el olmo da savia á la yedra y otras novedades por el estilo?

¡Qué cosas tiene usted!. . .

Vamos, ya no ha de ser el cuervo más negro que las alas; acabe usted la estrofa:

“Que yo desterrado anhele
Porque raudo el tiempo vuele
Que ha de llevarme á tu lado,
“Es pecado?”

Sí, señor, con seguridad. Y sépalo usted de ahora para siempre.

Todo cuanto usted diga ó haga en materia de versos, todo es pecado.

Todo.

VIII

El marqués de la Pezuela es el mismo conde de Cheste, ó á lo menos lo era hasta el día en que, hace unos años, tuvo á bien transmitir el marquesado á su hijo segundo, quedándose él de conde simple.

Afortunadamente no se sabe que al transmitir á su hijo el marquesado de la Pezuela, le haya transmitido con él sus aficiones literarias.

Afortunadamente. . .

Porque lo que es si el conde de Cheste llega á tener media docena de descendientes literatos, no les quiero decir á ustedes lo que la iba á pasar á la pobre literatura.

De todas maneras, aun cuando de los ripios del conde he tenido la satisfacción de dar á ustedes anteriormente una ligera muestra, ya que él, allá en los tiempos de su prosperidad, no se contentó con